

LA CONSTRUCCIÓN DE UN NICHO HISTÓRICO. MEMORIAS Y AUTOBIOGRAFÍAS

Víctor Díaz Arciniega
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

1. La invocación como homenaje

En esta mesa de Congreso quiero rendir homenaje a la sobremesa.¹ Para ello invoco y convoco a dos queridos amigos y espléndidos maestros, más porque con ninguno de ellos asistí a sus clases y siempre he sido fiel a su enseñanza, la más rica, la que llega con los postres y el café luego de la comida. Don Mario Real de Azúa casi me doblaba la edad y, no obstante, su curiosidad era la de un crío que descubre la vida todos los días; andarín nocturno porque ejercitaba el cuerpo y disipaba la imaginación con proyectos para tres vidas y más aún. Don Mario era, en esencia, un diplomático venido a viajero infatigable y a historiador anticuario, coleccionista de datos informativos que acumulaba sobre una mesa cada día más mullida por el altero de recortes y papeletas.

Invoco a Real de Azúa porque estoy hablando de memorias y autobiografías, su ejercicio favorito en la sobremesa. Durante poco más de quince años compartí sus anécdotas, pletóricas de digresiones, ocurrencias y semblanzas; gustaba de los detalles humanos al reconstruir pasajes y se fascinaba con las analogías y correlaciones en el tiempo y el espacio. Una tarde, luego de la sobremesa, me llevó a su cubículo y me entregó uno de los volúmenes de las memorias del ingeniero y diplomático Arturo Pani, *Ayer* (1954). Abrió la página previamente marcada y leyó en voz alta la sem-

¹ Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional Interdisciplinario de Estudios sobre la Revolución Mexicana, organizado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos sobre la Revolución Mexicana y la Universidad Autónoma de Campeche, en la ciudad de Campeche, en octubre de 1997.

blanza que Pani hiciera de su maestro de la Escuela Nacional de Ingeniería, Francisco Bulnes, entonces en la parte más alta de la cresta de la ola porfirista. Al terminar, don Mario subrayó la utilidad de unas memorias cuando tienen pasajes vivos, humanos; memorias hechas con recuerdos personales, indispensables para matizar puntos de vista, sin importar si corresponden o no a una verdad histórica.

Tiempo después, el azar puso en mis manos un diario-bitácora de un marino inglés que recorrió los océanos durante el siglo xviii. Lo compré y más tarde lo dejé sobre la mullida mesa de don Mario. Como a las nueve o diez de la noche él me llamó por teléfono para dos cosas: primero, reclamarme el obsequio de un libro aburrido, mal escrito, atiborrado de datos escuetos y fríos y, después, agradecerme —y aquí le vibraba la voz— que gracias a ese diario había encontrado la cuadratura del círculo de unas averiguaciones que desde hacía años realizaba sobre la expedición científica de Malespina. Celebró el hallazgo dentro de un libro inhóspito para la lectura amable, ciertamente, pero útil para la indagación científica.

Entre ambas dimensiones de las memorias y autobiografías, la de los recuerdos personales y la del amontonamiento de información, en las sobremesas con don Mario Real de Azúa se construía un ámbito privilegiado de la historia que podría sintetizar así: sin las cualidades humanas de la evocación y sin la precisión del registro documental, la elaboración historiográfica carecerá de los rasgos vivos y de la aproximación fidedigna del pasado, únicos ingredientes por los cuales sobrevive en el presente. A esto, añadía con su ejemplo de narrador sin par, la buena prosa del relato histórico ayudará a la trascendencia e incluso a la ejemplaridad: tendría lectores.

Sin embargo, advertía un riesgo, y don Mario nos lo mostró a sus cercanos en las últimas semanas de su vida. Durante diciembre de hace pocos años, se detectó el quebranto de salud. Vino la consecuente depresión anímica. En pocos meses el declive y desenlace. A lo largo de estas semanas se encerró a piedra y canto y prohibió puntualmente que nadie se enterara de su mal ni, por supuesto, que lo visitaran. Su deseo era simple y generoso: nos dejaba el recuerdo de un hombre entero y vivo. Todas las memorias y autobiografías tienen el mismo perfil de retrato amable, aún en los casos amargos de decepción.

2. Fragmentos del proceso

Durante tres o cuatro semanas dudé sobre si comprar o no los varios volúmenes de las memorias de Nemesio García Naranjo. El librero, conocedor de mis debilidades, me

dejaba entrever los cantos para alimentar mis deseos. Me resistía. Luego, alguien vino y los compró a mejor precio. Me alivió. Sin embargo, hace poco y debido a una mudanza, encontré en mis librerías que en lugar de los bellamente encuadernados volúmenes de García Naranjo compré el insípido libro —incluso roído por ratas— de las *Memorias* (1960) del diplomático Juan Manuel Álvarez del Castillo. Aquél, proscrito por varios regímenes, estuvo muchos años en el extranjero como exiliado; éste vivió fuera de México como su representante plenipotenciario. Dos visiones del país.

Me percaté que dejé la bilis y el coraje de Don Nemesio, protagonista como pocos de la más beligerante crítica contra la Revolución hecha gobierno, a cambio del edulcorado don Juan Manuel, típico miembro del Servicio Exterior en donde no se advierte la mínima arruga a sus ropajes ni un pelo suelto en su relamido peinado. Arriba dije que alguien alivió mi duda. Ahora reconozco mi arrepentimiento, que traté de paliar al observar en esas memorias un fragmento útil para la reconstrucción de una historia diplomática que se integra con otras versiones, como las de Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Eduardo Luquin y el ya referido Arturo Pani y su hermano, Alberto J. Pani. Cada uno constituye una pieza y entre todas se integra una historia parcial de algunas tareas del Servicio Exterior.

Durante los años veinte y treinta, la política exterior mexicana atravesaba por un camino accidentado. Alberto J. Pani, al evocar su paso por la Cancillería, se cuida al puntualizar las reformas técnicas por él promovidas, como por ejemplo la noción de diplomático de carrera, con todo y cursos de actualización, reglamentos, exámenes y trayectoria en el servicio. Las visiones de Luquin y Reyes desvelan cualidades humanas de la “gitanería dorada” (reyes), tales como el desarraigo, el boato, la falta de consistencia de una política (exterior e interior) definida, los arribismos y la conveniencia de asumir con todos los riesgos implícitos la noción de representante plenipotenciario.

Entre Reyes y Estrada se cruza un epistolario jugoso que deja ver, junto a la íntima amistad, los malestares de la burocracia, sus tropiezos y obstáculos y así hasta desentrañar desde los oficios de albañilería hasta las gestiones del hombre de Estado indispensables para levantar el edificio de la diplomacia mexicana. Luquin, en los mandos medios, complementa la visión: la suya, como la de tantos de entonces, fue pura gitanería, al punto que sus aficiones devinieron en adicciones. Con el paso del tiempo, su balance autobiográfico parece un acto de expiación íntima y de agradecimiento a los amigos que lo apoyaron en sus múltiples y variadas crisis.

En sentido inverso, Arturo Pani o Juan Manuel Álvarez del Castillo dejaron un relato simple y lineal. Sin abundar en características ni cuestionar los meandros,

escribieron sus memorias para dar fe de su paso por el mundo diplomático con el temor de que nadie más lo hiciera por ellos. No obstante, son interesantes como memorias, más porque en ellas se dibuja el perfil del hombre que apela a la posteridad basado en su ayer. Su historia es inmaculada, tanto que omiten la evocación de hechos, circunstancias, personas, etcétera, medianamente “riesgosas” o “incómodas”, en aras de una visión del pasado unitaria en su conjunto, acabada en su proceso, definida en sus resultados, todo siempre positivo y útil. Según esta versión, la Revolución caminó sin tropiezos y siempre con resultados favorables al país.

Decía Alfonso Reyes que una de las tareas del diplomático es, por lo menos, que en el país donde está asignado no se diga nada en contra de México. Don Arturo y don Juan Manuel, son tan discretos en la diplomacia como en sus memorias: en sus recuerdos hay tal cautela que en cada uno de los aspectos de su reconstrucción del pasado se cuidan de no dejar nada ni a nadie fuera de un sitio decoroso. Esto es fundamental dentro del patrón ideológico de las memorias y autobiografías, porque la contigüidad de ellos como protagonistas de lo narrado los coloca ante y en la Historia, así, con mayúscula. Su vindicación, si acaso, es asumirse como precursores del porvenir; sobre ellos descansa una moderna tradición. Por supuesto, esto no lo dicen, porque se cuidan de no obviar las evidencias.

Las circunstancias y el azar me han colocado ante la parafernalia: unos instrumentos documentales desde los que he visto un poco del Servicio Exterior mexicano. Me han interesado los hombres que desempeñan la diplomacia, más que ella en sí misma. Entre ellos, tan prominentes como Reyes y Estrada, se puede advertir una disposición de ánimo para asumir como propia e individual una tarea de Estado, más cuando entonces se encontraba en pleno proceso de reacomodo y consolidación. Ambos amigos, Alfonso y Genaro, sintetizan parte del proceso y sus papeles así lo revelan, sobre todo porque esos papeles se escribieron sobre la marcha. En cambio, las evocaciones de los hermanos Pani, de Álvarez del Castillo o de Luquin, son reconstrucciones acabadas de las que se eliminó una esencia: el proceso de la historia en sí mismo.

3. Entre recuerdos y documentos anda el hombre

Hace pocas semanas y en el salón de clases se analizaron algunas características de *El arte de la fuga* (1996) de Sergio Pitol. Como mera sospecha, indiqué que en el

trasfondo de algunos pasajes de tan literarias memorias subyacían viejos cuadernos de notas, de donde el autor retomaba aspectos registrados en su oportunidad con detalles de muy variada índole; es decir, hacía emerger desde fragmentos de una conversación hasta impresiones personales ante obras de arte plástica vistas en algún museo. Uno de los estudiantes, de oficio reportero, me atajó y señaló que efectivamente existían esos cuadernos, que eran muchos y que Pitol los llevaba y aún lleva como una especie de bitácora personal, como se lo hizo saber e incluso mostró en una conversación.

El rasgo no es raro ni excepcional. Contemporáneo a Pitol, José Emilio Pacheco en algunos de sus inventarios ha dejado constancia de una práctica similar. Alfonso Reyes, atento a los detalles nimios, registró en un diario —que empezó por las mismas fechas que comenzó su vida diplomática— todo aquello que consideraba sería útil para su desempeño en el Servicio y en su actividad como escritor. Intuyo que Pitol y Pacheco, como me consta con Reyes, han registrado a vuela pluma el dato escueto, crudo, desnudo, que con el tiempo ha devenido en andamiaje para otros escritos mejor acabados.

Alfonso Reyes en muchos aspectos es un portento. Sus memorias, dispersas en varias obras de ficción y de evocación propiamente (reunidas en los vols. XXIII y XXIV de sus Obras Completas), hacen de la rememoración una creación literaria: sus textos se apegan a un plan y estructura narrativa donde destaca un objetivo literario antes que histórico, salvo en su *Historia personal de mis libros*, la más impersonal de sus reconstrucciones, por no insistir con su Diario, cuya concepción y utilidad instrumental está claramente justificada al servir como base para otros propósitos. Como memoria y autobiografía. *El arte de la fuga* de Pitol responde a propósitos equivalentes a los de Reyes: persigue un fin estético y no uno histórico, de aquí lo perfectamente trabado de cada una de sus impecables partes.

Ambos ejemplos, a los que se deberán sumar largos pasajes de *Tiempo de arena* (1955) de Torres Bodet, *Un niño en la revolución mexicana* (1937) o *El mundo sonriente* (1965) de Iduarte, *El hombre del búho* (1944) de González Martínez, *Vientos de los veinte* (1973) de Bustillo oro o *Una vida en la vida de México* (1972) de Silva Herzog, por sólo referir parte de los más notables, son prueba de un interés humano, entendido como un afán por comprender al individuo que cuenta su propia historia en lo que él es en sí mismo sin explicar el porqué de las situaciones; son textos en los que se describe el proceso de vida de la propia persona, en lo que significa de transformación íntima, subjetiva.

En este punto, la primera mitad del *Ulises criollo* (1934) de José Vasconcelos es la reconstrucción personal más radical y ejemplar. Como memorialista, no tiene la intención de historiar ni de documentar los acontecimientos, de aquí la notable ausencia de referentes directos y específicos. Por el contrario, sus motivos son de otra naturaleza: Vasconcelos busca analizar para comprender su propio mundo interior dentro de un proceso de transformación, que registra a partir de episodios que concatena o yuxtapone. Según el caso. No es un autoanálisis psicoanalítico, aunque ciertas intuiciones freudianas deslumbran por su articulación íntima, en cuanto a su asociación y significación.

Por su radicalidad, un punto extremo en Vasconcelos sucede cuando tiene 24 años de edad, asume la responsabilidad de un trabajo oficinesco que lo traslada a Durango y durante seis meses no vive nada episódico digno de aprehender. Sin embargo, justo porque no hay nada asible, es cuando identifica y sufre una de sus transformaciones más rotundas: se enfrenta con la soledad de las preguntas íntimas. En su evocación, desde el *focus* de una edad adulta, madura y experimentada, concluye con una elocuencia sin rival: “Los años de aprendizaje y el abandono pertenecían ahora a mi biografía; es decir, a uno ya un poco extraño y que yo mismo enterraba. Mi verdadera vida comenzaba y no había de parecerse a la concluida.”

Paradójicamente, como respuesta y refutación a la propuesta autobiográfica más radical y personal, el *Ulises criollo*, en forma inmediata y a lo largo de más de dos décadas apareció una prolongada serie de memorias y autobiografías cuyo punto central desvirtúa, de cabo a rabo, a Vasconcelos: en el común de sus réplicas se tomaron sus memorias *como si* se “tratara de una historia del México de la época —escribe Silvia Molloy—, de un enorme mural... donde el autor figura como narrador, participante e incluso protagonista.” Por eso —prosigo yo—, quienes lo emularon subsumieron en forma ciega y acrítica la secuencia cronológica y geográfica de la historia, con sus protagonistas, hechos y circunstancias como hilo conductor; son émulos pródigos en subrayar su propio lugar como testigos privilegiados y en demostrar su rica documentación para validar su dicho. Obvio: ninguno se pregunta sobre la naturaleza de la memoria autobiográfica en sí misma, porque lo que importa para ellos es allegar todo aquello que permita una visión de la historia integrada unitariamente y con visos de verdadera, en donde el testigo que cuenta la historia ocupa un lugar sobresaliente.

Entre los ejemplos, destacan el ya citado Alberto J. Pani, Luis L. León, Amado Aguirre, Víctor Manuel Villaseñor, Miguel Alessio Robles o, sobre todos y como

máximo campeón, Emilio Portes Gil, cuyo libro mayor ostenta el soberbio título de *Autobiografía de la revolución* (1964). En todos los casos, los protagonistas atraviesan pronto y sin detalle por la pequeña historia familiar; parecería que a nadie importa —empezando por ellos mismos— el origen y la formación personal, salvo si remite a un pasado heroico: pobreza que se supera con esfuerzos personales, horfandad temprana que se alivia gracias al tezón de la madre o la tía, escuelas, amistades e ideas que desde párvulos apuntan hacia un porvenir excelso, y así hasta sumar en muy pocas páginas un catálogo de componentes autobiográficos adecuados para justificar y exaltar acciones de años posteriores.

El patrón retórico de estas memorias autobiográficas corresponde también a un patrón ideológico que, por reiterado y simple, obvia un esquema en apariencia asentado sobre los detallados recuentos cronológicos elaborados por Alfonso Taracena. Así, son identificables y típicos el contacto con el prócer por antonomasia, Madero, y la proximidad con los indispensables prohombres: desde Carranza hasta Díaz Ordaz, según el lapso comprendido: son localizables las fechas obligadas, más si en algunas de ellas se ha hecho común una referencia a su presencia, como algún hecho de armas preponderante —según el caso—, la Convención, la rebelión delahuertista, el asesinato de Obregón, la fundación del P.N.R., la expulsión de Calles o cualquier otro de los acontecimientos donde los reflectores de la historiografía han apuntado sus luces en forma insistente y donde los protagonistas desean lucir sus mejores galas, y naturalmente, quedan por un lado dibujados los grupos de poder a los que pertenecen y por el otro quedan exaltadas las figuras consagradas o minimizadas (Huerta es el único que consita las animadversiones de todos; Villa y Zapata no son santo de la devoción de ninguno, aunque no alcanzan la categoría de villanos, y a Porfirio Díaz lo tratan con enorme cautela).

Sobre el patrón retórico e ideológico de estas memorias autobiográficas se urde una aplastante documentación. Con ello, la vindicación histórica no sólo se explica por su lugar como protagonista privilegiado, sino además esa vindicación el autobiógrafo la justifica y remacha con pruebas documentales. La proliferación de fuentes (usualmente de primera mano) es generosa en número y extensión, de aquí una parte de su utilidad para la historia. La otra la describe Luis Javier Garrido en su prólogo a la *Crónica del poder* (1937) de Luis L. León:

¿Vale la pena escribir, en todo caso, libros de memorias políticas? La lectura de los que han aparecido nos hacen pensar que desde cualquier punto de vista tal práctica es positiva

para la vida pública de una nación. Es cierto que por lo general buena parte de los textos de este género tienen un carácter justificativo, y están permeados de un tono que va de lo apologético a lo didáctico, pero aún así constituyen ventanas excepcionales que contribuyen al mejor conocimiento de un régimen y de las prácticas políticas que lo caracterizan, propician el debate esclarecen en no pocas veces los hechos históricos.

4. Los usos de la memoria

Las sobremesas con Alvaro Matute y Evelia Trejo siempre me han resultado aleccionadoras, amén de placenteras. Los convoque ahora por la amistad y por su peculiar magisterio, donde las evocaciones anecdóticas ocupan un lugar sobresaliente. Ustedes recordarán que hace relativamente poco y con motivo de la telenovela con pretensiones históricas *El vuelo del águila*, se suscitó una pseudopolémica, cocinada y adobada con las personas y lugares comunes de siempre. Sin embargo, una noche cerca de esas fechas, con pastel de chocolate y café, Alvaro comentó su agradecimiento por un cursillo que dictó en Culiacán, más porque en las noches le quedaba tiempo para ver en la tele, dijo, una adaptación de las memorias de Porfirio Díaz. —Qué bárbaros—, exclamó más o menos, sólo se apegaron a lo dicho por don Porfirio.

Lo que vino después sobre la actuación y puesta en escena no viene a cuento, aunque se imaginarán que nos reímos por un buen rato. Lo que aquí quiero resaltar es la expresión ¡Qué bárbaros!, por su generosa dosis de escepticismo, básico en cualquier trabajo historiográfico. Atribuir a las memorias autobiográficas el valor de verdad es un asunto cuestionable, digamos que por salud histórica e historiográfica. No importa la valoración ni prestigio que ya se hayan acuñado del individuo, ni su lugar en el tiempo y en el espacio, sino su dicho, que deberá ser ponderado a la luz de otros instrumentos documentales. Para la historiografía —no para el psicoanálisis ni la psichistoria, que son otro aspecto del conocimiento científico— lo que vale es la justeza, entre los hombres, la sociedad, los hechos y tanto más que hacen lo histórico. Sin embargo, y esto es parte del debate, para el uso de la historia como el referido la invocación soslayada de las memorias de Díaz se toma como garantía incuestionada, porque se parte del presupuesto tácito de que esa versión es verdadera, es decir incuestionable.

Refiero el episodio porque el supuesto fin pedagógico de la telenovela lo conocemos reiterado en innumerables libros, entre los que destacan por su éxito escolar

cuatro obras literarias: *Los de abajo* de Azuela, *Ulises criollo* de Vasconcelos, *El águila y la serpiente* de Guzmán y *Tropa vieja* de Urquiza. Sin pretenderlo, los cuatro libros han acuñado los más comunes de los estereotipos de la Revolución. Como lectura semi obligada en la educación media, con puntual regularidad se observa cómo en las proximidades del 20 de noviembre la chamacada entra en un dilema inducido por sus maestros: se enfrentan a una visión desencantada y contradictoria de unos hombres y unos hechos que, subrayan los profesores, son la base de nuestro actual México. ¿Acaso esto es verdad? No, se dirá con razón, porque son obras literarias, producto de la ficción siempre discutible.

Sin embargo, las memorias autobiográficas pretenden éxitos similares a los cuatro indicados, pero son raras las obras de este género que se leen por gusto, aunque sí se consultan. De los cuatro escritores referidos, Francisco L. Urquiza es el único que intentó combinar la memoria personal, la recopilación de testimonios (a través de charlas, correspondencia, archivo y notas publicadas en la prensa) y la reconstrucción histórica. Aspira a ser la voz de la comunidad. Su esfuerzo cristalizó en una veintena de libros, entre los cuales *Tropa vieja* y dos más cuentan con cierto éxito de lectores.

No sorprende que, por ejemplo, *3a. de Diana*, novela donde Urquiza, como privilegiadísimo testigo y protagonista, describe las relaciones de México con los países del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, haya pasado inadvertida hasta para los especialistas, porque se coloca justo en el punto muerto entre lo literario y lo histórico: como novela es aburridísima y como testimonio carece del estatus documental. Esto no ocurrió con *Tropa vieja*, la mejor versión con que se cuenta sobre el Ejército Federal durante la Revolución y se presenta como novela, sólo novela, ni tampoco con los varios textos que escribió sobre Tlaxcalantongo, que son consulta obligada porque están concebidos y escritos como historia, sólo historia.

En la primera parte de esta exposición aludía a la buena prosa para alcanzar a los lectores y, eventualmente, para trascender en el tiempo, independientemente del grado y tipo de verdad histórica narrada. Considero que, finalmente, todos los que se echan a cuestras la tarea de escribir sus memorias autobiográficas tiene en su horizonte de expectativas trascender como individuos, y una manera de ello es mediante un nicho en la historia. Algunos, por las circunstancias en sí mismas, ya cuentan con un lugarcito; otros no o todavía no, y buscan obtenerlo: en su momento sintieron que la posteridad los reclamaba.

Por ejemplo, creo que nadie objetará el lugar de Álvaro Obregón dentro del santoral revolucionario; méritos propios y hechos históricos justifican su nombre en

ciudades, pueblos, avenidas, calles, plazas, monumentos, escuelas, bibliotecas, mercados, colonias populares y tanto más indispensable para el buen desempeño de los aparatos ideológicos del Estado, como se decía en el preclásico. Es decir, no necesitó de su libro *Ocho mil kilómetros de campaña* (1917 y 1959) para ser lo que es en la historia. No obstante, agradecemos el volumen porque nos permite mirar las entrañas del estratega militar que fue, entre otras muchas cualidades de unas notas originalmente escritas como partes o informes militares. Es decir, son textos escritos por el protagonista (o su amanuense) sobre la marcha de los acontecimientos, hasta donde parece. Por ende, no son memorias, en el sentido estricto.

Para concluir esta larga digresión, referiré una última virtud de las memorias autobiográficas. Como es sabido, en 1964 se publicaron dos libros básicos para el mejor conocimiento de la Revolución: la autobiografía de Portes Gil y las memorias del General de División José Guadalupe Arroyo, quien las dictará a un escriba de mala fe y peor catadura. Ambos libros son abismalmente distintos: las rememoraciones de Portes Gil, como los de Pani, Alessio Robles, Villaseñor o León, son extensas y farragosas por su excesiva documentación, mientras que las de Arroyo son veras raquílicas y, pese a ello, en esencia elocuentes, tanto que se constituyen en el mejor homenaje a toda la literatura histórica que se presenta como memoria autobiográfica.

El escriba del general Arroyo percibió e integró uno a uno los lugares comunes y los estereotipos y los cuestionó mediante el sano juicio de mostrar su revés, con lo que desveló una verdad que de solemne devino en paródica. Pero no pretendo alargar innecesariamente un análisis, cuando un escueto prólogo resume en forma pormenorizada y elocuente la discusión sobre una historia que, contada por sus propios protagonistas y testigos, es intencionada y falible, y contada por sus detractores, también. Escuchemos al General de División José Guadalupe Arroyo:

Manejo la escapada con más destreza que la pluma, lo sé; lo reconozco. Nunca me hubiera atrevido a escribir estas Memorias sino fuera porque he sido vilipendiado, vituperado y condenado al ostracismo, y menos a intitularlas *Los relámpagos de agosto* (título que me parece verdaderamente soez). El único responsable del libro y del título es Jorge Ibarguengoitia, un individuo que se dice escritor mexicano. Sirva, sin embargo, el cartapacio que esto prologa, para deshacer algunos malentendidos, confundir a algunos calumniadores y poner los puntos sobre las íes sobre lo que piensan de mí los que hayan leído las Memorias del Gordo Artajo, las declaraciones que hizo al *Heraldo de Nuevo León* el malagradecido Germán Trenza, y sobre todo, la Nefasta Leyenda que acerca de la Revolución del Veintinueve tejió, con lo que se dice ahora mude mala leche, el desgraciado de Vidal Sánchez.